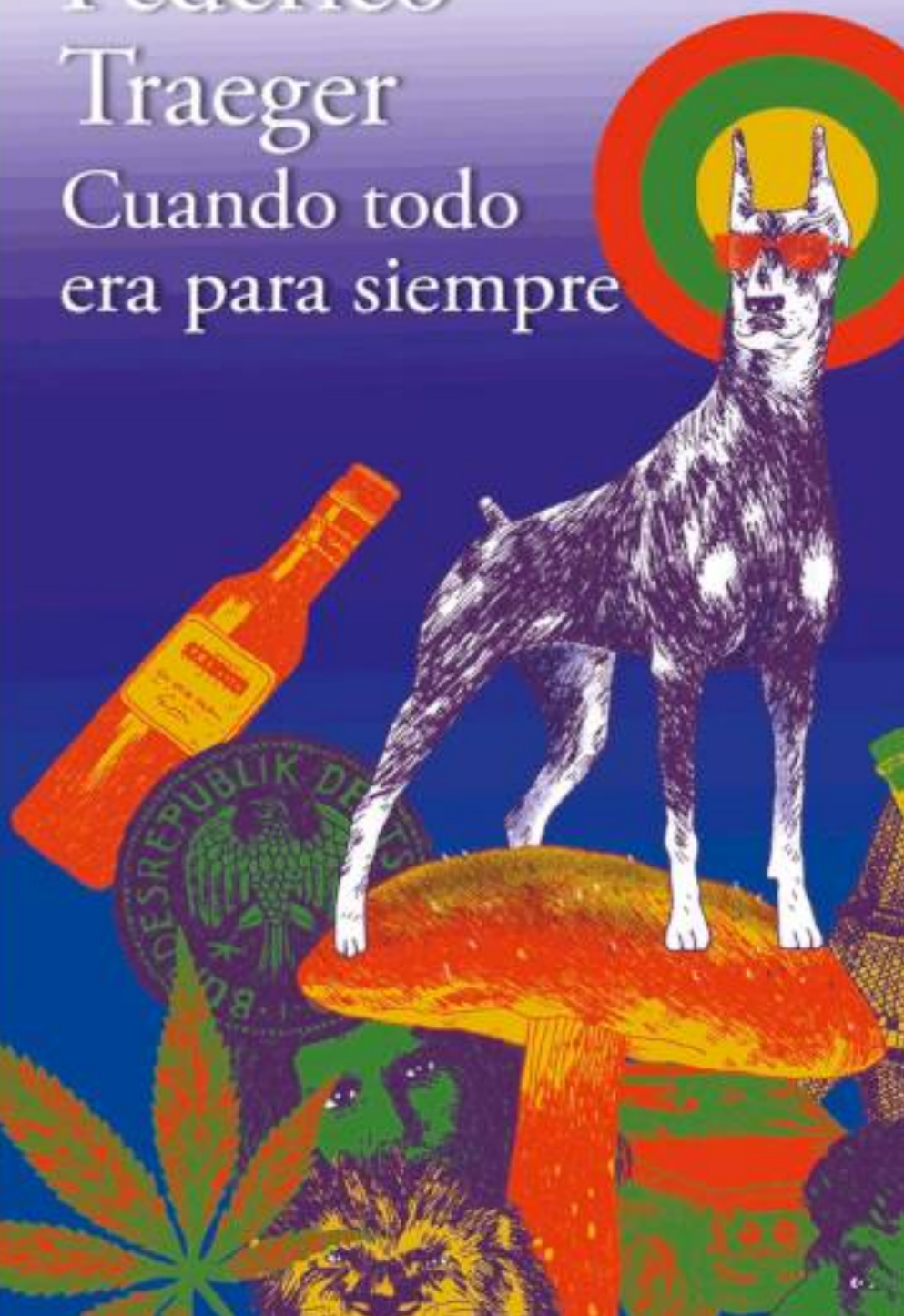


Federico Traeger

Cuando todo
era para siempre



Federico Traeger

Cuando todo
era para siempre

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para ti, Mercedes Orozco Alverde

*Once upon a time there was a tavern
Where we used to raise a glass or two
Remember how we laughed away the hours
Think of all the great things we would do
Those were the days my friend
We thought they'd never end
We'd sing and dance forever and a day
We'd live the life we choose
We'd fight and never lose
For we were young and sure to have our way.*

Canción folclórica rusa de BORIS FOMIN
y KONSTANTIN PODREVSKI, traducida y adaptada
al inglés por GENE RASKIN

Moderation is a fatal thing... Nothing succeeds like excess.

OSCAR WILDE

When I went to school, they asked me what I wanted to be when I grew up. I wrote down "happy". They told me I didn't understand the assignment, and I told them they didn't understand life.

JOHN LENNON

Hubo una época en la que fuimos puercamente millonarios. El dinero salía del más obscuro de los huecos: dinero, dinero y más dinero, y estoy hablando de billones. Tanta era la riqueza, que al querer celebrarla con un grito casi nos ahogamos con el puñado de billetes que nos entró hasta la epiglotis.

Al morir mis tías alemanas, *Tante Greta* y *Tante Gerta*, quienes durante décadas habitaron un inmenso laberinto gris, nos lo heredaron todo. ¡Todo! Jamás sospechamos que detrás de puertas camufladas, al girar llaves y correr cerrojos, quitar trancas y trabas y penetrar en pasadizos secretos, encontraríamos lingotes de oro, arcones llenos de centenarios, maletas retacadas de dólares, portafolios con títulos de inmuebles, playas y villas, cuadros de la escuela florentina, esculturas de la antigua Grecia, cabezas jíbaras, piezas centenarias de marfil, armas medievales, instrumentos de tortura, colecciones de monedas extintas, piedras preciosas, un huevo de pterodáctilo petrificado y demás tesoros cuya descripción resultaría inverosímil e ilegal.

Semanas antes de que nos viéramos obligados a bucear entre billetes, emerger a la altura del techo y mirarnos a los ojos para saber que no estábamos soñando, mi madre se entintaba los dedos al cambiar la cinta de su Olivetti Studio 45. Diez pesos por cuartilla traducida le pagarían. Mecanografiaba torpe y lentamente, pero su inglés era bueno. En aquel entonces fue asignada por un prestigiado instituto para traducir el esperadísimo y aclamado diario de la filántropa Xaviera Hollander.

Al mismo tiempo, durante su almuerzo, mi padre trazaba caricaturas en una concurrida cantina y se las regalaba a los

clientes, a los músicos, al de la cajita de toques y a los meseros, con tal de olvidarse un rato de los veintidós años que llevaba como ingeniero en una empresa importadora. Papá ganaba lo suficiente para ganar lo suficiente. Le alcanzaba para trabajar y dar el gatazo de que le alcanzaba. Por su lado, mi hermano menor, el Nenito, se acomodaba entre calzón y testículos el cuarto reloj en el vestidor de la escuela mientras competían, en el campo de fútbol, alumnos contra maestros. Y yo, que estudiaba una carrera y me ganaba algunos pesos diseñando logotipos, me encontraba en la sala de la casa de mi novia imaginando que en lugar de sus muslos, mis dedos ascendían por los de su mamá.

—Joven Fernando —la voz de la sirvienta me invitó a sacar la mano—, le llaman de su casa, que es urgente.

Me levanté a contestar. En cuanto pasé por la puerta principal, acomodándome la evidencia, entró mi suegro rodeado de cuatro dálmatas que brincaban felices a su lado; me extendió la mano y yo, por reflejo, le di la muñeca. Llegué al teléfono, levanté el auricular.

—Bueno.

Mi madre habló con la boca pegada al aparato, como para que no escapara lo que decía; no le entendí nada. Le pedí que hablara más fuerte:

—Fernando... somos... asquerosamente billonarios... las tías... no digas nada...

Cuando llegué a casa me abrió la puerta una mujer con una mancha de tinta en la cara. Inmersa en la emoción de la noticia, mamá se cubrió la boca con los dedos entintados. Abrí mis brazos; ella lloraba con el desembarazo de quien acaba de salir de un calabozo. Papá temblaba. Mi tío Remigio Alcántara, el único en la familia que sabía de asuntos financieros, descorchaba una botella luciendo una sonrisa de estoy para lo que me necesiten. Me sorprendió ver también al veterinario Malhier, casero, abogado y guardaespaldas de mis tías Greta y Gerta, esbozando media sonri-

sa. Mamá gritaba “¡Somos ricos!” y mi padre se tapaba los oídos.

El descorche tronó como un balazo. Tío Remigio sirvió el champaña, pero antes de levantar nuestras copas, Malhier dijo:

—Tras la penosa muerte de *Tante* Greta, hace ya dos semanas, seguida por la de *Tante* Gerta, de la que hoy se cumplen ocho días, me veo en la obligación de informarles oralmente y por escrito, y aquí dejaré los documentos, según lo estipularon mis patronas, que en paz descansen, que ha sido la voluntad de ellas, que usted, *her* Voorman, sea el único heredero de su inmensa fortuna. Como le dije en mi llamada telefónica hace un par de horas a la señora de la casa, familia Voorman, a partir de hoy ustedes pertenecen a un nivel socioeconómico tan alto, que lo único imposible será detener el tiempo. Enhorabuena, *prost!*

En ese preciso instante sonó el reloj cucú alemán, herencia del bisabuelo, colgado junto al cuadro de una escena de baile tirolés que mi madre había intentado vender sin éxito. El pajarillo de madera se metió tras la pequeña puerta y al veterinario se le aguaron los ojos.

Tío Remigio desplegó un plano en el que se ilustraba, de forma simple y didáctica, una enorme gama de inversiones. Pero cuando se dispuso a invitar a mi padre a la conquista del horizonte de las finanzas, mamá le dijo a papi:

—Ya ves, bobo, te dije que somos billonarios, y no estaba mormada.

Papá se levantó furioso de su silla y se retiró haciendo una pataleta, como si mi madre lo hubiera insultado.

A partir de esos momentos, las horas que transcurrían eran, podría decirse, de oro. Para nosotros seguían valiendo lo mismo, pero para el resto del mundo hubieran sido incosteables. Estábamos francamente atarantados, como si acabáramos de sobrevivir a un avionazo.

—¿Y el Nenito? —preguntó mi madre.

Levanté mis hombros en señal de ¿quién sabe?, pero la verdad es que mi hermano huía rumbo a Puerto Escondido en un coche robado al director de la escuela, con dos secuaces, varios relojes y una docena de billeteras.

Una semana después de ser notificados de la herencia, a pesar de que ya circulaban los puñados de billetes, seguíamos llevando una vida normal. A los colchones les sonaban los resortes, el sofá de cuero olía a animal, si alguien tiraba de la cadena del excusado mientras otra persona se bañaba, el chorro de la regadera salía hirviendo, en la tele de pronto se veía la imagen de un canal con el sonido del otro. Era necesario patear el refrigerador al amanecer y antes de dormir para que su motor no se detuviera y, por otro lado, mamá ya se había comprado dos abrigos de mink con la American Express del tío Remigio. “No te apures, hermanita, es un detalle de todo corazón.” En cuanto a mí, estaba preocupado de que a mi novia no le venía la regla. Y el Nenito, con sus secuaces, recorría un aromático plantío de mariguana con una familia oaxaqueña en la mística playa de Zipolite.

Poco después, en un impulso decidido, papá, menos nervioso, rajó el sobre, sacó los documentos y los leyó sedudamente. Esa misma noche entró a mi cuarto, levantó la aguja del tocadiscos y me dijo:

—Te vas a buscar a tu hermano, esté donde esté.

Al día siguiente ya sabía con exactitud, gracias al Bolitas, otro secuaz y amigo de siempre, los rumbos por los que circulaba mi carnal. Mi padre mandó comprar los pasajes de avión para que entre el Bolitas y yo localizáramos inmediatamente al Nenito y lo trajéramos al De Efe. El veterinario Malhier vino a entregarme los boletos personalmente.

Esa noche, mamá, papá y yo cenamos en casa. Chachita, mi nana y cocinera de toda la vida, acercó la charola con las enfrijoladas pero mami le pidió que las guardara. En voz

baja nos advirtió, enredada en sus pieles de armiño, que disfrutaríamos un platillo muy especial. Sus ojos brillaron de tal forma que me cayó el veinte de que ya no éramos los mismos. Inclusive a papá se le había pasado el shock inicial. Estaba embebido en sus pensamientos y se notaba relajado. Antes de que mamá nos adentrara en la inminente experiencia gastronómica, él dijo:

—He leído los documentos de *Tante Gerta* y *Tante Gre-ta*. He hablado con Malhier durante muchas horas. He corroborado la lectura, de día y de noche para asegurarme, descansado y cansado, de que los documentos ante mí fueran producto de la realidad. Quiero comunicarles que todo parece indicar que hemos heredado algo muy... muy grande. Por el momento, el veterinario me ha traído el dinero suficiente para lo que se vaya ofreciendo, pero dentro de una semana vamos a reunirnos con Malhier en la casa de las tías. Él conoce de memoria los planos. Vamos a pasar el tiempo que sea necesario localizando y recopilando lo que nos han dejado... Para esto, necesito que toda la familia esté ahí. Y en cuanto a la familia, me refiero a mis dos hijos, a ti y punto, no quiero ver a tu hermano —le indicé a mamá elevando la mano para que no lo interrumpiera—, y tampoco quiero ver a ninguna de tus noviecitas —me dijo—. Mañana temprano, Fernando y el Bolitas se van a localizar al Nenito a Oaxaca. Malhier ya te dio los boletos y aquí tienes un sobre. Con este dinero, cuéntalo —me ordenó—, tendrás más que suficiente para pagar hospedaje, taxis, comidas y lo que se necesite.

Mi madre, sonriente, comentó:

—Y pensar que las tías eran tan odiosas... y ahora gracias a ellas somos tan...

—No somos nada —interrumpió mi padre—, simplemente tenemos algo. Y les exijo la mayor discreción. Que nadie se entere. ¿Entendido?

—Yo opino —dijo mamá— que deberíamos agradecerle a Remigio sus atenciones... —pero papá puso cara de ni se

te ocurra.

Mami se dirigió a la cocina y regresó cargando dos botellas de champaña y tres latas de caviar de beluga.

—Bueno, mis amores, les estaba diciendo que esto nos lo mandó mi hermano como muestra del cariño que nos tiene; ahora sí vamos a comer lo que estamos diseñados para gozar; váyanse acostumbrando.

Se suponía que el Bolitas iba a guardar completa discreción. Sin embargo, a la mañana siguiente en el aeropuerto nos encontramos, qué casualidad, a Claudia y Elena, ex novias del Nenito y compañeras de faje de todos. Claramente, las dos estaban al tanto de la herencia. Y bueno, yo llevaba dinero de sobra y, tras prometerme no divulgar nada, abordaron el avión con nosotros.

Qué diferencia volar cómodamente en vez de viajar, como antes, en el autobús, entre ronquidos, chivos y gallinas. La brisa marina nos recibió al desembarcar. El cielo no tenía nubes. Aspiré el aire salado y tomamos un taxi hasta Puerto Ángel. De ahí emprendimos el viaje a pie entre piedras, arbustos y serpientes hacia Zipolite. Hablamos de las diferencias abismales entre Acapulco y este paraíso prácticamente virgen, y de cómo un sitio así era ideal para tranquilizar al Nenito. Sus dos ex novias querían que se regresara con nosotros, pero el Bolitas insistía en que para eso tendríamos que sedarlo.

—Si se vino a vivir aquí, es porque ya no le importa nada —nos dijo.

—No hay bronca —contesté—, yo me lo llevo a la casa y después, si quiere, que se regrese.

Estábamos empapados en sudor. Poco antes de llegar, me detuve y advertí a las chicas que pronto descenderíamos hacia playas nudistas. No terminé de decirlo, cuando el Bolitas se sacó la camiseta, los pantalones, los calzones y los calcetines, menos sus mocasines color vino. Empacó su

ropa en la mochila y caminó como si nada. No podíamos creer que, haciéndole honor a su apodo, el Bolitas se encuerara tan alegremente. Además, antes de llegar a la playa había que caminar cuesta arriba entre dos grandes rocas, treparse y, con el Bolitas en la delantera, el paisaje previo a la llegada al mar, ahora que lo pienso, fue lo más memorable del viaje.

La abundancia de azul marino le dio la bienvenida a mis nueve sentidos. Caminamos, me quité la camisa, ellas se quitaron las blusas y gradualmente me fui despojando de la ropa, para no desentonar con las bañistas nórdicas bronceadas al natural. La palidez de mi piel gritaba México De Efe, pero ni modo. Finalmente llegamos a unas palapas. El Bolitas preguntó por una tal doña Felipa. En lugar de ella, emergió de la oscuridad de una choza una cincuentona delgada y elegante, con mirada de señora de sociedad. Fumaba un carrujo de pelo rojo, el cual circuló amablemente.

—Me llamo CocaCola —dijo, viéndome con ojos de destápame.

Se me subió la lucidez con esa canabis tan pura. Mi piel era acariciada por un halo de familiaridad hacia la enigmática anfitriona. De pronto me di cuenta de tres cosas. Una, que Claudia, Elena y el Bolitas reían mientras la CocaCola y yo nos mirábamos sin hablar. Dos, que la CocaCola, como única prenda, llevaba puesta una camisa mía. Y no cualquier camisa, sino la de tela de costal con el águila impresa que el verano anterior me había regalado una chica en Long Beach, California, a donde me fui de aventón en busca de una novia que me abandonó por un maestro de yoga. Nunca la encontré. Pero en cambio conocí a Megan; ella me hizo un amor curativo en su departamento y me obsequió la prenda que su hermano se había traído de la guerra de Vietnam. Según la CocaCola, esta águila emigrante de pecho en pecho se la había puesto a ella el Nenito hacía un par de días. Y tres, que estaba desnudo y con una clara

demostración de que la señora me despertaba lo mismo que la madre de mi novia.

La CocaCola nos encaminó, entre el humo cada vez más liberador y un sol ardiente, hacia una pequeña bahía. Ahí, un lanchero nos llevaría hasta el islote donde se encontraban mi hermano, sus dos secuaces y un grupo de franceses. Al despedirse, la mujer elegante me dio un beso tan largo que fue necesario regresar a su palapa y decirle adiós a mi camisa. Mientras tanto, el Bolitas, Elena y Claudia se asoleaban esperando la lancha.

—Podría ser tu mamá —me dijo Claudia a mi regreso.

—También podría no serlo —respondí.

El mar estaba agitado y a pesar de la aparente cercanía de la pequeña isla, el viaje fue largo y difícil. Elena se la pasó vomitando. El oleaje subía como si flotáramos entre montañas. Vimos delfines, peces voladores y una enorme mantarraya. Cuando finalmente atracó la lancha, el Bolitas brincó con más torpeza que ímpetu y se rasgó una nalga con el filo de la proa. Sangraba en abundancia y se hundió en el agua sin atraer depredadores. Le pagamos al lanchero y quedamos en que volviera por nosotros a la mañana siguiente. Empujados por las olas, desembarcamos en busca de mi carnal.

Pero nada por aquí y nada por allá, tan solo arena, rocas, algas, un enorme esqueleto de tiburón, arbustos con garzas y pelícanos, y el sol a punto de ponerse. Entonces Claudia descubrió una columna de humo en el horizonte y corrimos hacia allá, ella con sus tetas grandes y su culo plano y Elena, pechos breves pero curvas por doquier. Corrimos como niños de comuna hippie, libres, hermanados por la sabia pastosa de la mota y porque en aquel entonces aún había John Lennon en el mundo.

Lo bueno fue que la hoguera estaba cerca del agua y no hubo que internarse en la maleza. Al llegar, más de cuaren-

ta miradas en francés se dirigieron hacia nosotros. Mujeres de apariencia medieval y hombres con barbas y melenas nos veían atentamente.

—Buenas —dijo uno de ellos con acento galo y mucha paz en la voz.

—Hola —respondí.

—Estamos buscando a un mexicano. Le dicen el Nenito —anunció el Bolitas.

—Nos dijo la CocaCola que está con ustedes —agregó Claudia.

—La CocaCola —repitió el francés de la voz pacífica y los demás sonrieron.

Una chava le secreteó algo y él nos dijo:

—Ellos volverán más noche, están terminando su viaje. Pero acérquense, hermanos, lo nuestro es suyo.

—Bienvenidos —saludó otro levantándose y pasando sus brazos sobre mis hombros y los de Claudia—. Nosotros somos nosotros y ustedes son ustedes y ahora ya son nosotros. Aquí nadie tiene un nombre; todos somos uno y hacemos lo que sentimos.

Debimos haber puesto cara de admiración ante tan depurado hipismo. El grupo nos miró detenidamente y después todos se rieron. El barbudo pacífico nos hizo sentir cómodos, invitándonos a sentarnos junto a él.

—Ustedes vienen del De Efe y nosotros de Marseille, pero todos venimos del mundo.

Claudia lo miraba con un amor total. Algunos cocinaban polenta en una gran lata, otros forjaban nuevos carrujos y los iban pasando. Un grupo de chavas veía las estrellas, las parejas se escudriñaban el alma; me enamoré para siempre de distintas francesas por lo menos veinte veces. Elena dialogaba en inglés con un rubio de trenzas hasta la cintura. El Bolitas desentonaba *Dust in the Wind* con un guitarrista. De pronto el galo pacífico estiró el brazo y, señalando con el índice, celebró:

—*Voilà*, ya llegan los amigos.

Tres siluetas se acercaban. No fue necesaria la luz del fuego para saber que se trataba del Nenito y sus compinches. Pero entonces al Bolitas se le quebró la voz con un grito triunfal:

—¡Nenito, eres millonario, tus jefes heredaron un chingo de lana!

—¿Millonario? —murmuraron los franceses.

La vibra comunal se detuvo, solidificó, cuarteó, quebró y cayó hecha cenizas. El Bolitas pulverizó la magia. El ecosistema invisible se contaminó sin remedio. Las miradas europeas, a pesar de estar a centímetros de distancia, de pronto nos miraban desde el primer mundo hacia el tercero, donde la naquez sabe encontrar su manera de manifestarse por sobre todas las cosas. Pero lo peor es que mi hermano ni siquiera se enteró de nada. Al separarnos los chilangos de los marseleses, uno de los secuaces, el chaparro, me explicó:

—Ténganle paciencia al Nenito, bróder, todavía está muy tripeado.

—Me cae que conocimos al Creador —juraba el alto—, ya sé de dónde fluyen las rolas de Pink Floyd, maestro.

—Directo del *mushroom* —completó el primero.

—Conseguimos unos hongos bien mágicos, Fer, los mismos que se metía Jim Morrison. Los hijos de doña Felipa nos los regalaron por un bisnesito que hicimos; son parientes de la María Sabina —explicó el secuaz alto.

Mi hermano aullaba y nos quería lamer a todos.

—No te saques de onda —me previno el secuaz chaparro—. Tu hermano es mi nahual.

—El Nenito es mucho más que un perro —señaló el alto—; tiene alma de guardián, es un perro eterno —y en cuanto lo dijo, mi hermano se echó junto a él.

Nos alejamos de la fogata, claramente desentonábamos en ese espacio. Mientras nos íbamos, bajo el cielo encendido de astros, uno de los franceses gritó:

—¡Vendemos la polenta!